

# “APO, ROPE IS FIXED”

Nanga Parbat, 2015/16

Las jornadas en el campo base eran mucho más entretenidas que el año anterior, puesto que ahora estábamos allí un mayor número de personas y las tiendas se encontraban muy lejos unas de otras. Cada expedición tenía su propio campo base, que estaban separados entre sí, como mucho, por unos trescientos metros. Daban forma a un pequeño poblado. A veces alguien venía de visita, en otras ocasiones eras tú el que te desplazabas al espacio de otros. Aun así, nosotros no teníamos muchas ganas de salir de nuestra tienda, ya que en los pocos días de descanso que teníamos no nos apetecía salir a hablar y pasar el rato, y tampoco deseábamos visitas. Regresábamos de la pared para comer, dormir, descansar y seguir con el trabajo.

Las condiciones meteorológicas eran prácticamente las mismas que habíamos vivido un año antes, no así el estado del terreno, donde se veían muchísimos más tramos recubiertos de hielo. He de decir que el Nanga Parbat, a pesar de su dureza y de ser una de las montañas más temibles dentro de los llamados “14 ochomiles”, se portó muy bien con nosotros. Esta hermosa mole, una de las más bonitas que yo haya escalado, fue amable y agradable, y ¡qué decir de sus gentes! Todas las personas a las

que hemos conocido han sido cálidas y amables, jamás me olvidaré de sus rostros, gestos y del afecto que nos brindaron.

Así las cosas, para cuando nos dimos cuenta nos encontrábamos en el campo II. Fue especial llegar a este nido de águilas y encontrarnos con el petate negro que habíamos enterrado en previsión de una nueva expedición. ¡Y allí estábamos de nuevo! ¡Qué sonrisa la de ambos sobre aquella repisa mientras montábamos la tienda! En la gélida noche afloraba en nuestros rostros la satisfacción y la felicidad que sentíamos. Fue una noche mágica, única e irrepetible. Podría decir que tan solo ese momento y lo que allí sentimos fue suficiente para que aquella expedición hubiera merecido la pena. Quizá me esté poniendo nostálgico y esto me haga exagerar. Qué lejos estábamos de la vida acelerada de la ciudad y de los problemas cotidianos de nuestra sociedad.

*Ventisca en el campo I (4.850 m).*





*Alex a 7.100 m, cerca del campo IV.*

Por la mañana el tiempo no era bueno, pero nos permitió seguir trabajando. Tocaba equipar la pared entre el campo II y el III. Apenas fijamos unos ochocientos metros de cuerda. Íbamos cumpliendo objetivos y lo próximo que teníamos en mente era llegar al campo III, a 6.700 metros, para principios de enero. Era lo que nos proponíamos, pero no teníamos muy claro si seríamos capaces de llegar en ese plazo. Nos sentíamos fuertes y éramos conscientes de que nuestras posibilidades en la montaña aumentaban a la vista del buen ritmo de nuestros progresos. Pero aun así, no le dábamos vueltas al tema de la cumbre, no calculábamos cómo estarían nuestras fuerzas para entonces, ni si llegarían las demás expediciones a lo más alto antes que nosotros. Nos habíamos negado a entrar en esa competición y no dejaríamos ahora que ese tipo de ideas alteraran nues-

tra estrategia de escalada. Simplemente trabajábamos sobre el plan establecido, con la buena fortuna de hacerlo sin contratiempos ni sorpresas desagradables. Eso sí, nos estábamos dejando la piel.

Para cuando alcanzamos el campo III, el resto de los equipos barajaban ya el ataque a la cumbre, e incluso alguna de las expediciones, la de los polacos, había abandonado. Ya he comentado que habían sufrido un accidente, pero no sabíamos que hubiera tenido consecuencias tan serias como para renunciar a seguir adelante. En estas circunstancias no es de extrañar que en el campo base reinasen el suspense, la incertidumbre y un nerviosismo generalizado. Todo el mundo se encontraba taquicárdico perdido. Pero Ali y yo, como hormiguitas, seguíamos inalterables con nuestra rutina. Éramos capaces de portear cada vez mayores pesos y de movernos con mayor ligereza. Tanto es así, que conseguimos subir del campo base a los 6.100 metros del campo II del tirón, pero no en una ocasión, sino cuatro veces, y no era solo porque físicamente estuviéramos más fuertes de lo habitual, que lo estábamos; no, era el resultado de una buena planificación y de que ya nos habíamos visto las caras con el Nanga. A estas alturas sabíamos qué podíamos hacer y qué no.

Pero sigamos con el equipamiento de la ruta. Tras varios días de descanso obligado en el campo base debido a las malas condiciones meteorológicas, convencimos a Daniele para que se uniera a nosotros y trabajase de verdad arriba. En ese momento lo tuve más fácil, ya que los días anteriores Daniele había pasado las horas en la tienda de los polacos. Puesto que Adam sufrió una caída y tuvo que retirarse, los polacos pasaban los días en el campo base hasta que llegó el momento en el que se marcharon. A partir de ese instante al italiano no le quedaron más excusas.

Era una dura mañana de enero cuando salimos en dirección al campo II. Una vez más, nos enfrentábamos a un desnivel de dos mil metros en una sola tacada. No iba a ser nada sencillo, pero ya lo habíamos hecho varias veces y estábamos preparados. A eso de las 6:00 h comenzamos a andar con mochilas pesadas y material suficiente para terminar de equipar hasta los 6.400 metros. Es en esos momentos cuando eres consciente del

*Alex a 5.400 m.*





Magnífica vista de Nanga Parbat desde el helicóptero.

duro trabajo que alguien ha realizado por ti cuando participas en alguna expedición donde las cuerdas están ya previamente fijadas. Simplemente ves que están ahí y no valoras el hecho de poder subir por ellas tranquilamente. ¡Qué diferentes se ven las cuerdas cuando las has tenido que poner tú mismo!

Tardamos once horas en alcanzar el campo II. Ali y yo nos preguntábamos si Daniele sería capaz de llegar del tirón, ya que había estado mucho tiempo inactivo y además se le veía que iba justo. Lo encontrábamos oxidado, pero además nos pareció que su mente no estaba tranquila. Le fuimos esperando hasta los seis mil metros, le animábamos en cada reunión, claro que en vez de conseguir nuestro objetivo parecía que se cabreaba cada vez más. Tanto fue así, que Ali,

Daniele y Alex no volveríamos a escalar juntos nunca más. Aquel día Daniele entró definitivamente en barrena y siempre me ha quedado la duda de si podríamos haber hecho más por él o si hubiera sido mejor no hacer nada por él y permitirle adaptarse o retirarse a su manera. Los seres humanos somos complejos.

No pudo finalmente con su mochila y a unos seis mil metros, a los pies del muro Kinshofer, empezó a depositar en cada reunión el material que portaba desde el campo base. Al final se retiró y descendió al campo base. Ali y yo pasamos la noche y continuamos con el trabajo de equipación. Conseguimos equipar todas las secciones hasta el campo III. Nuestro método de trabajo era el siguiente: si yo equipaba, Ali portaba, y viceversa. Era igual de físico y costoso equipar que portar. Recuerdo algunos de los largos que equipó Ali, lo frío que me quedaba en las reuniones, daba igual si te movías o no, daba igual si golpeabas con tus crampones la pendiente helada o las rocas, el calor perdido no volvía a tu ser.

Ambos llevábamos el *walkie-talkie* encendido, ya que con el viento muy pocas veces podíamos escucharnos a voces. Me viene a la memoria que lo único que deseaba escuchar por el *walkie* era: “*Apo, rope is fixed*”, “Abuelo, cuerda fijada”. Apo es como me llama Ali en balti. En esos momentos de espera es cuando no te pue-

des distraer ni un segundo, porque tu mente a veces te juega malas pasadas. Al permanecer inactivo podrías relajarte, tu atención podría irse a otra cosa y olvidar que estás desarrollando una actividad peligrosa. Por eso permanecía redirigiendo mi vista a la cuerda recién instalada, al *walkie*, a mis crampones bien apoyados en el hielo. Si de algo estamos orgullosos es de que, sin que nadie lo pueda poner en tela de juicio, fuimos los artífices de la primera ascensión al Nanga Parbat invernal. Hicimos para ello un gran esfuerzo, además de una buena planificación y logística, que se sumó a lo realizado por los que nos precedieron. “*Por el esfuerzo de los anteriores y el éxito de todos*”, esta frase resume sin duda a mí entender todo lo que hay que decir al respecto.